



Francisco  
Pérez Abellán

**EL VICIO  
ESPAÑOL  
DEL  
MAGNICIDIO**

De Prim a Carrero Blanco,  
la clave oculta de los crímenes  
que marcaron nuestro destino

FRANCISCO PÉREZ ABELLÁN

# EL VICIO ESPAÑOL DEL MAGNICIDIO

*De Prim a Carrero Blanco, la clave oculta  
de los crímenes que marcaron nuestro destino*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Francisco Pérez Abellán, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Ilustraciones del interior, © Archivo ABC, © Vidal – Archivo ABC, © Portela – Archivo ABC, © Natursport – Shutterstock, © AESA, © B-hide the scene – Shutterstock, © J. Benet / EFE, © EFE, © Interfoto / Hermann Historica GmbH / Age Fotostock, © Hoz, © Alfonso Sánchez Portela (Archivo Fotográfico Alfonso), VEGAP, Barcelona, 2018, «Manuel Pardina, el asesino de José Canalejas», Archivo Alcalá de Henares – © Derechos reservados, «Cadáver de José Canalejas al ser depositado en el Ministerio de la gobernación después de ser reconocido por los médicos», Archivo Alcalá de Henares – © Derechos reservados, © Rico de Esatsen – EFE, © Marín – AP, © Iberia Cines / Album, © Documenta / Album, © Oronoz – Album, © Akg Images – Album, © Ángel Carchenilla – Archivo ABC

Primera edición: abril de 2018

Depósito legal: B. 6.083-2018

ISBN: 978-84-08-17537-7

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

# Índice

1. La fiebre del crimen político	11
2. Prim deshace la gran mentira	27
3. Cánovas crea el mito anarquista	43
4. El regicidio frustrado de Alfonso XIII	59
5. Canalejas: el asesino se llama Pardina	73
6. La cruz de Canalejas	88
7. Un asesino entrenado	103
8. La conjura del sobaco	119
9. Eduardo Dato y el asesino feroz	134
10. A vueltas con Dato	147
11. El vuelo de Carrero	161
12. Ministros de Gobernación premiados por fracasar	183
13. Política y crimen	204
14. Un magnicidio con tradición	221
15. La Oficina de la Bomba	233
16. La coartada anarquista o revolucionaria	244
17. JFK, un modelo para matar y borrar pruebas	256
18. El suicidio de dos tiros en la cabeza	272
19. Escasa indagación policial y forense	282
20. Seis crímenes que cambiaron España	297
<i>Bibliografía recomendada</i>	313

# La fiebre del crimen político

Este libro desmonta la versión oficial sobre las muertes de Prim, Cánovas, Canalejas, Dato y Carrero Blanco, y también la del regicidio frustrado de Alfonso XIII. Su fascinante tesis relaciona los sucesos entre sí y los desvincula del anarquismo, descubriéndolos como crímenes de Estado. El soberbio trabajo de profundización efectuado presenta una gran cantidad de datos, detalles y conclusiones extraídas de un largo y meticuloso proceso de investigación.

Este análisis pionero de los magnicidios cometidos en España comenzó con el general Juan Prim y Prats. Llegó a mitad de camino con el caso de José Canalejas Méndez, el 12 de noviembre de 1912, en la Puerta del Sol, cuando miraba las novedades de la librería San Martín. Por cierto, que el Ayuntamiento cometió luego su propio crimen al permitir que desapareciera este escenario con total indiferencia. Con Canalejas se descubre que hay una sociedad de fomento del asesinato, como proclamara Thomas de Quincey,<sup>1</sup> compuesta por curiosos del homicidio, diletantes de los modos de matanza y caprichosos del crimen. Forman parte de ella personajes poderosos que descubren una forma nueva de hacer política eliminando los obstáculos con el asesinato como gran regulador. Nada sorprendente, porque desde tiempo inmemorial las

1. Thomas de Quincey, *Del asesinato, considerado como una de las bellas artes*, Espasa, Madrid, 1966.

sociedades secretas han forjado el destino de los hombres (al asesino Pardina, antes de enviarle a la muerte, le colocan en el bolsillo escritos de Camille Flammarion<sup>2</sup> adornando su aura esotérica).

Los magnicidios están relacionados unos con otros y dibujan una tradición española de raigambre en la historia. Vistos en perspectiva, fueron auténticos golpes de Estado. En poco más de cien años, cinco presidentes del Gobierno fueron asesinados.

El magnicidio ha sido durante más de un siglo una respuesta a los deseos de cambio. Y llega hasta nuestros días, en los que se dan hechos vidriosos, como la caída del helicóptero de Mariano Rajoy, con él dentro, o el puñetazo que recibió en la sien, un tipo de golpe que habría podido dejarle en el sitio. Lo que podría demostrar de forma práctica que, mediante maquinación inteligente, la violencia política trata de cambiar el curso de la historia con la muerte violenta de los máximos dirigentes. Desde finales del siglo XIX hasta muy avanzado el XX, en España la forma nueva de forzar el destino colectivo era matando a un solo hombre. Un método que llega hasta los tiempos más recientes del franquismo con el magnicidio del almirante Luis Carrero Blanco. En todas las ocasiones se detectan grupos de ejecutores manejados en la sombra por quienes se benefician de la acción y encubren la verdad revistiéndola con la supuesta ideología revolucionaria de los asesinos.

Hay constantes que se repiten en todos los crímenes: la primera es que siempre los facilitan grandes fallos de seguridad, que dejan a los presidentes prácticamente indefensos ante los criminales, que actúan como si no existiera la policía. La segunda es que ninguno de estos crímenes ha sido convenientemente investigado. En ocasiones, las investigaciones se han desviado adrede, llevándolas a un callejón sin salida. La tercera es que los ministros de Gobernación, sin excepción, pese a su flagrante fracaso, no solo no fueron destituidos, sino que, salvo uno que murió prematuramente, fueron ascendidos y puede decirse que recompensados por tan brillantes servicios. La cuarta constante es que los asesinos fueron til-

2. Nicolas Camille Flammarion (1842-1925), astrónomo francés y apasionado espiritista.

dados de libertarios o revolucionarios, enmascarando con ello maniobras políticas que, al investigar, puede verse que llevaron a cabo criminales a sueldo, de perfil idéntico. Tal cosa eran los supuestos anarquistas del regicidio frustrado del rey Alfonso XIII y el atentado de Canalejas, simples aventureros bajo soldada, a los que además se maquilló y preparó para que dieran el pego. Al asesinato de Canalejas hasta le pusieron en el bolsillo la fe de bautismo para que lo identificaran enseguida.

Los planes fueron perfectos y en todos los casos salieron bien. El asunto de Prim quedó en suspenso y los sospechosos del crimen volvieron a formar parte de la vida oficial como si tal cosa. Esa es otra constante: en todos los casos la policía o no estaba o, si estaba, no actuó para impedirlo.

Pero en esta Sociedad de Fomento del Asesinato hay más coincidencias que revelan un mismo estilo, una forma colegiada de actuar: los asesinos siempre estaban ampliamente financiados, lo que les permitía viajar, proveerse de armas y, en su caso, escapar de forma tal que habría sido imposible hacerlo sin cómplices. Estaban tan financiados que una preocupación constante de la desinformación posterior al crimen fue siempre expandir rumores sobre las necesidades económicas de los terroristas, lo que se observa especialmente en los casos de Angiolillo y Pardina. Por el contrario, a Morral, el regicida, se le ve hacer ostentación de recursos en el sumario.

También en los casos de Morral y Pardina los dos «fueron suicidados», como el personaje de *Muerte accidental de un anarquista*,<sup>3</sup> del premio Nobel Dario Fo. En todas las ocasiones, y siguen las coincidencias, los sumarios fueron mal dirigidos, en algunos casos perdidos, en otros gravemente deteriorados y en ninguno claramente concluido. Pasado el tiempo, ni historiadores ni juristas han revisado los papeles ni buscado los fallos de procesos clave en las transformaciones históricas de nuestro país. Los novelistas que han tratado el tema, tanto los conservadores como los progresistas, han fabulado haciendo objetivamente el juego a los que disfrazaron los crímenes para que nunca se supiera la verdad. Esta forma de actuar inspiró a los autores

3. Dario Fo, *Muerte accidental de un anarquista*, Hiru, Guipúzcoa, 1997.

del asesinato de John Fitzgerald Kennedy (JFK) en Dallas, que copiaron, después de estudiarla, la *ratonera del magnicidio*, en la que quedan controladas todas las salidas, con un tirador en cada esquina. Y copiaron el disfraz de la motivación, la creación de un cabeza de turco, los nuevos asesinatos para evitar delaciones, la destrucción de pistas y la mentira oficial surgida de las más altas instituciones.

De mi investigación se deduce que hay una *ley Prim*, que establece que todo magnicidio surge del núcleo duro del poder. Es visible en el de JFK, en la misma forma en la que se permitió el atentado, en cómo se asesinó al cabeza de turco Lee Harvey Oswald, títere muy parecido a José Paúl y Angulo, para lo que se dejó entrar en el garaje de la policía a Jack Ruby, que era dueño de un cabaret y confidente. Tenía que matar a tiros al reo justo cuando iban a trasladarlo.

Como adelantó Quincey, la sociedad de los diletantes del asesinato es heredera directa de la Sociedad para la Supresión de la Virtud, de Brighton, que suministró el ideario a los desalmados que han cometido todos estos asesinatos para prolongar su poderío sin límites en las cloacas del Estado, mientras la historia oficial repetía en todas las épocas las mismas mentiras dando hilo a la cometa.

La gran incógnita es por qué ha perdurado este modo de hacer política y cómo pudo saltar fronteras y mares para llegar incluso al asesinato del presidente de los Estados Unidos. La respuesta es sencilla: se trata de un método útil y eficaz. Las consecuencias fueron reales pero poco visibles, porque algunos personajes principales continuaron con responsabilidades en el poder. Era sin duda un procedimiento seguro.

Los criminales del otro lado del charco importaron el método, como también lo hicieron con la estafa piramidal que inventó Baldomera Larra, *la banquera del pueblo*, hija del periodista Mariano José de Larra. Allí se convirtió en el *esquema Ponzi*, o la más moderna *estafa Madoff*, que de rebote tuvo víctimas importantes en España. En su momento fue una estafa nueva, traducida al inglés, sencilla e infalible. Un modelo tan útil como el magnicidio español, tan letal como «la gripe española». Era la receta para matar opositores o adversarios y echar la culpa a los revolucionarios.

Los que instauraron el método tal vez miraron muy atrás, al ejemplo de Viriato, suprimido vilmente por sus lugartenientes, aunque aquel fue un crimen improvisado, fruto del ansia inmediata de poder. Pero lo que acaso empezara entonces se convirtió en una insólita tradición, una receta mortal para reyes y presidentes que le hemos enseñado al mundo sin descubrirnos como inventores. Se diría que nuestros magnicidios fueron una funesta sucesión de casualidades. Ninguna historia de otro país tiene tantos presidentes asesinados en tan poco tiempo, ni tantos regicidios fracasados, ni tantos atentados a políticos por razones inexplicables. Y esa abundancia de casos pone de manifiesto que nunca fue una casualidad, sino un modo siniestro de cambiar la política. Los presidentes estaban rodeados de tantos traidores como el rey Alfonso XIII, al que estuvieron a punto de matar muchas veces.

Los supuestos anarquistas empleados en la ejecución de los presidentes que hemos estudiado resultan ser aventureros, tipos en busca de fortuna, sin una ideología definida, con comportamientos sorprendentes. Señalados como locos solitarios, en realidad eran asesinos por encargo, protegidos, acogidos, guiados por cómplices a los que nunca se detuvo. Gente que gastaba por encima de sus posibilidades. Podían comprar una moto con sidecar, pagar con billetes de 500 pesetas en los hoteles o viajar sin parar por el extranjero. Y sobre todo iban y venían a París, donde estaba establecida en distintas épocas la Oficina de la Bomba, la central europea del Viejo de la Montaña de los *hashshashin* o *assassins* contemporáneos.

Esta es una historia de ida y vuelta que hasta puede tener raíces en el atentado contra el presidente McKinley en Buffalo, Nueva York, en 1901. Lo impresionante es que la presentación del asesino del presidente norteamericano como presunto anarquista triunfó desde el principio en el país del periodismo libre y la excelencia universitaria. Del turbio Czolgosz, el asesino, se ha dicho de todo, entre otras cosas, que pertenecía a una organización secreta llamada Caballeros del Águila Dorada (Knights of the Golden Eagle), considerada una secta que adoraba el dinero y que se llamaba así en homenaje al dólar.

Leon Frank Czolgosz (1873-1901), que disparó a McKinley el

6 de septiembre de 1901, afirmó que su transformación en extremista se había debido a su admiración por la dirigente política radical Emma Goldman, a la que metió en un tremendo lío, del que esta logró salir convenciendo a todos de que no estaba por la violencia, sino por la educación. Los historiadores se las han arreglado para conciliar datos tan opuestos como ser a la vez anarquista y miembro de una secta secreta que vela por los intereses de los más ricos. La secta, además, es lo contrario del credo libertario, pues dispone de una dura jerarquía en forma de pirámide.

A pesar de lo chocante del asunto, tanto la prensa oficiosa como los historiadores norteamericanos de las universidades más relevantes aceptaron sin demasiado recelo la *teoría del anarquista loco*, aportación que se convertiría en panacea universal y que sería adoptada con especial entusiasmo en la historia oficial española.

La investigación no es el punto fuerte de los españoles y, mucho menos, la investigación criminal. El premio se lo lleva la criminalidad política, campo en el que durante siglos los traidores han tenido las manos libres, porque nadie ha puesto en marcha un plan de retroinvestigación. Los que ahora lo hemos llevado a cabo nos encontramos con toda clase de impedimentos: no hay legislación que ayude a los investigadores, se carece de la más elemental conservación de los documentos y falta, de forma intencionada, una escuela o academia de investigación para que cunda el ejemplo. Por eso hay tantos esclavistas y traidores tratados como gente honorable en las páginas de la historia y en las calles de las ciudades. Sin afán de engrosar la nómina de los conspiradores, ya de por sí muy grande, hay que decir que las sociedades secretas, especialmente la de Supresión de la Virtud, continúan ejerciendo su magisterio en la actualidad y tienen una franquicia hispánica.

Y, a pesar de todo, han sido descubiertos: ninguno de los magnicidios estudiados, incluido el regicidio frustrado de Alfonso XIII, sucedieron como se han contado. En los casos más sangrantes se alteraron los sumarios judiciales, que por cierto solo alguna que otra *rara avis* ha sentido la tentación de consultar en todo este tiempo. Partes de algunos de esos sumarios, de esos papeles con grandes secretos, no han sido recuperadas jamás. Me consta que la

destrucción de estas pruebas ha sido en muchos casos absolutamente voluntaria e intencionada.

Sin el conocimiento de *la fiebre del crimen político*, la historia de España se torna imposible de entender. ¿Se disfraza la verdad sistemáticamente sin que haya premeditación y organización detrás de ello?

En 1912, el mismo año en que ocurrió, se hizo un documental sobre la muerte de Canalejas, en el que todo se refleja al revés. El gran actor Pepe Isbert, que interpreta al asesino, le dispara por el lado derecho, cuando en realidad recibió la bala por el izquierdo. El estudio de la antigua Universidad Central de Madrid afirma que el asesino murió de un disparo, y para ilustrar el informe, los antropólogos ponen una foto del criminal, a la que no hacen referencia alguna, en la que en la cabeza se ven, de forma obscena y delatora, dos agujeros «de entrada»: uno en la sien y otro en el lado izquierdo de la frente. En el colmo de la chapuza del documental, Isbert-Pardina «se suicida», y al momento, se levanta mientras sigue el documental con el mayor ridículo (puede verse en YouTube; *Asesinato y entierro de D. José Canalejas*).

La película es una prueba física del desprecio al rigor histórico. El guionista interpreta lo ocurrido como quiere: si mataron por el lado izquierdo, escenifica que fue por el derecho, y el asesino lo mismo se dispara en la cabeza que se levanta del suelo antes de que se acabe la escena. Porque en el juego histórico español todo vale. Se trata a la historia como si de verdad solo fuera un nuevo género literario.

Mi investigación confirma que en los magnicidios españoles lo proverbial es que el ministro de Gobernación de turno, que ha sido incapaz de impedir un atentado, siempre sale reforzado y premiado. Así sucede con Práxedes Mateo Sagasta, el que todavía protagoniza los mejores cuadros del Congreso, incapaz de proteger a Prim, y que siempre se negó a hablar del asunto, cuando debería haber dado toda clase de explicaciones. Tal vez por ello fue presidente del Consejo de Ministros tantas veces. Con Cánovas, Fernando Cos-Gayón y Pons, que murió solo unos meses después, acabó escribiendo la necrológica del presidente como su particular purgatorio y es el único que no fue ascendido, quizás por su mala salud. Con

la muerte de Canalejas, su ministro Antonio Barroso Castillo obtuvo el Ministerio de Gracia y Justicia de manos del sucesor, Álvaro de Figueroa y Torres, primer conde de Romanones. Este, tras haber superado la prueba del algodón de su negligencia el día de la boda de Alfonso XIII, sustituyó a Canalejas en la Presidencia del Gobierno, a pesar de ser su feroz adversario dentro del partido. Romanones, con su metedura de pata con el ramo de flores de Morral, se vio proyectado para siempre a la gloria política. Y Segismundo Moret, el del paseo Moret de Madrid, que fue el presidente que le eligió, también fue premiado con su vuelta a la Presidencia.

En el caso del asesinato de Eduardo Dato, el ministro de Gobernación era Gabino Bugallal Araújo, segundo conde de Bugallal, político de rompe y rasga, partidario de medidas represivas contra la conflictividad social, que llegó a tolerar la *ley de fugas*. Tras el crimen, cometido en plena Puerta de Alcalá, plaza de la Independencia, como si la policía en Madrid no existiera, Bugallal fue elevado a la Presidencia del Gobierno. Cerrando el círculo, en tiempos más modernos, Carlos Arias Navarro, inútil para impedir el asesinato de Carrero Blanco, fue elevado a presidente en lugar del presidente. Los asesinados y también el rey estaban advertidos, llenos de presagios amenazadores. Ellos... y sus respectivos ministros de Gobernación, que estaban al corriente.

Desde el punto de vista de Thomas de Quincey, los crímenes son de una rara perfección. Y no es broma, pues tenía de humorista lo mismo que Jack el Destripador. Sin embargo, nadie puede negar a los dos su conocimiento real del asesinato como una de las bellas artes. El magnicidio se presenta como la solución ideal para transformar la política a la carta, engañando a la historia con la exaltación de la heroicidad de los asesinos y el olvido de la investigación.

En España «se hace lo que se quiere», como dijo el rey Jorge V cuando solo era príncipe de Gales y asistía a la boda explosiva de Alfonso XIII en Madrid. En estas muertes programadas de grandes personajes hay muchas cosas que nos causan asombro. Todos estaban en la cumbre, ocupando el centro del escenario. Si morían cambiaría radicalmente la escena. Y los atentados estuvieron cuidadosamente escenificados.

El asesinato es una rama del saber. El que domina esta ciencia puede neutralizarlo. ¿Es posible que hoy en día pudiera retomarse este «vicio tan español»? Perfectamente, dado que nadie ha denunciado hasta ahora las claves de por qué durante tanto tiempo se hizo historia matando a un solo hombre para cambiarlo todo.

Las coincidencias entre los crímenes estudiados son constantes. Por ejemplo, en el caso del asesinato de Canalejas cuenta Soldevilla, en su anuario *El año político*, que el asesino Pardina era bien conocido por la policía y resultaba tan temido que estuvo vigilado por un agente infiltrado en Burdeos, donde vivía poco antes de trasladarse a España para matar al presidente. La identidad del infiltrado que se hacía pasar por anarquista, algo que era muy sencillo, fue divulgada al presentarse a declarar ante el juez. Se trataba del policía Armiñán, quien en Francia compartía la existencia con otro compañero íntimo de Pardina, además de con el propio terrorista. Según sus aportaciones, «sin que se sepa por qué, le ordenaron que cesara en sus servicios y se volviera a España». <sup>4</sup>

Otra fuente refiere el mismo asunto con distinta explicación e incluso con intención exculpatoria, claro que se trata de una publicación mucho más tardía<sup>5</sup> en la que al tercero que convivía con Tomás Armiñán y Pardina se le identifica como Manuel Hernández. La vigilancia había empezado cuando se tuvo conocimiento de que el pistolero llegaba procedente de Tampa (Florida), pasando por Londres y París. Armiñán montó el minucioso espionaje de Pardina a través de Hernández y estaba informado de todos sus pasos, pero después de algún tiempo «recibió la orden de volver a Madrid por falta de fondos en la Dirección General de Seguridad», lo cual es algo muy difícil de creer como explicación de la suspensión de una vigilancia que tenía hondamente preocupado al propio presidente del Consejo de Ministros, José Canalejas, quien se mantenía al tanto de los movimientos del sospechoso al que temía.

4. Fernando Soldevilla, *El año político*, año XVIII de la publicación, Imprenta de Ricardo F. Rojas, Madrid, 1912, p. 454.

5. *Los grandes procesos de la historia, José Canalejas*, Círculo de Amigos de la Historia, Portugal, 1984, p. 160.

De hecho, su viuda relata en sus memorias cómo el cese de la vigilancia le provocó un hondo desasosiego que no ayudó a disminuir ni siquiera el hecho de que se distribuyeran fotografías del individuo de frente y de perfil entre los escoltas del rey y del jefe del Gobierno. A pesar de su fama de anticlerical militante, el temor le obligó tres días antes del atentado a convocar al obispo de Madrid-Alcalá, que le había casado en segundas nupcias, para que le escuchara en confesión.

Un hecho muy parecido, pero referente al atentado contra Luis Carrero Blanco, lo relata el periodista Antonio Rubio,<sup>6</sup> quien cuenta que el jefe del comando, José Miguel Beñarán Ordeñana, *Argala*, supuestamente encargado de apretar el detonador que hizo volar a Carrero, fue fotografiado un día antes en la parada de autobús de Serrano-Hermanos Bécquer, muy cerca del lugar del crimen, por agentes españoles de los servicios de información mientras realizaban labores de vigilancia de rusos y árabes. Poco antes del asesinato de Carrero, «los espías» recibieron la orden de regresar a su base sin que la foto del temido Argala, sorprendido cerca de la embajada USA en Madrid, alertara de nada.

El 21 de diciembre de 1978, a las 09.30 horas —el atentado de Carrero fue a las 09.25—, Argala, al que se le atribuye la detonación que mató al almirante, fue a su vez asesinado con un explosivo colocado en su coche en la localidad vasco francesa de Anglet. Otra vez la sociedad secreta. El dirigente de ETA se subió a su R-5 de color naranja, matrícula 9586-RB-64, le dio al contacto y al iniciar la marcha hizo explosión un artefacto muy potente que había sido colocado en la parte delantera, junto a la rueda izquierda. La explosión hizo que los restos del vehículo se expandieran en un radio de cien metros. Argala, como Carrero, salió volando por los aires hasta caer entre lo que quedaba de su coche, donde quedó mutilado y muerto. En el aire de este crimen se percibe una suelta de lastre. Los autores, al taponarle la boca para siempre, utilizan la simbología (casi plena coincidencia de fecha, hora y procedimien-

6. Antonio Rubio, «Agentes del Estado Mayor tras el asesinato de Carrero», *El Mundo*, 27 de noviembre de 2011.

to), como si gozaran de macabro sentido del humor. Todo ello fue, desde luego, un «recadito» a terceros.

Tras la muerte de Canalejas, el comportamiento de la clase política y las autoridades escandaliza a los autores del libro de Amigos de la Historia *El magnicidio en España*: «Ni revolucionarios ni gubernamentales cuidaron al menos de cubrir las apariencias. El Congreso no acuerda una investigación, ni exige responsabilidades, ni pregunta qué ha hecho el jefe de policía, ni lamenta la conducta del ministro de la Gobernación, quien no había puesto la policía necesaria para protegerle».<sup>7</sup>

El comentario de Pablo Iglesias, el fundador del Partido Socialista, diputado que consumió un turno de palabra en el Parlamento para afirmar que «amigos suyos» estarían dispuestos incluso al atentado personal antes de que se permitiera la vuelta al poder del conservador Antonio Maura, es decir, justificando el atentado en política, resultó hiriente al conocerse el atentado contra Antonio Maura en Barcelona a manos de Manuel Possá Roca, miembro de las juventudes lerrouxistas, que lo hirió con arma de fuego.

Vienen a cuento las frases que al hilo de esto le dedicó en el Congreso el propio Canalejas: «Reconoceréis, señores diputados, que no pueden satisfacer a nadie las palabras del señor Iglesias... porque cuando se dice aquí algo no se va nunca a los tribunales; hay que pensar algo más en lo que se dice... El atentado es incentivo del crimen, y eso no se puede profesar en la Cámara ni por el señor Iglesias ni por nadie, y si lo profesa, no lo podemos consentir».<sup>8</sup>

Iglesias se defendió en todo momento de la acusación que flotaba en el ambiente de haber propiciado la muerte de Canalejas e igualmente desmintió que hubiera visto a Pardina horas antes del crimen. No obstante, parece que el pistolero sí asistió a su mitin.

España figura a la cabeza de Europa en cuanto a magnicidios. Estos asesinatos pretenden no solo la muerte de la víctima, sino la eliminación de una estrategia de gobierno. Los magnicidios espa-

7. *Los grandes procesos de la historia, José Canalejas*, Círculo de Amigos de la Historia, Portugal, 1984, p. 165.

8. Congreso de los Diputados, 7 de julio de 1910.

ñoles han exhibido hasta ahora la pantalla revolucionaria. Supuestamente más de la mitad fueron cometidos por pistoleros anarquistas. Desde luego, eran pistoleros.

En sentido amplio puede hablarse de enmascaramiento con revolucionarios o activistas radicales, lo que englobaría tanto a las huestes que eran combatidas por la Partida de la Porra de Ducazcal, cuando Prim, como a los terroristas de la banda ETA. Todos ellos usados como cortina de humo o cabeza de turco. A pesar de que ni siquiera los autores de la izquierda ortodoxa pusieran en duda la autoría del anarquismo idealista que recurre al magnicidio para destruir el orden establecido y a sus líderes.

Aquí se estudian seis atentados, un regicidio frustrado y varios asesinatos, concretamente cinco, como cinco fueron las víctimas canónicas del Destripador. Una vez muertos los gobernantes, los cronistas mintieron estableciendo que lo hicieron radicales en vez de sicarios mediante precio, mintieron cuando afirmaron que, siendo los criminales de turno los tipos más sospechosos y chocantes del mundo, pasaron desapercibidos varios días, sin que el aparato de protección del presidente se fijara en su aspecto descuidado y sus malas intenciones, y mintieron hasta la saciedad afirmando que a las víctimas no les gustaba sentirse protegidas, como si eso disculpara a los encargados de velar por ellas.

En todos los casos los asesinos actúan sin ser reprimidos: los sicarios disparan sus trabucos, tiran a bocajarro sobre la víctima que lee el diario *Época*, matan mientras la víctima mira unos libros. El *trío de la bencina* acaba con el presidente a bordo de una moto sin que sus ruidosos ensayos previos, increíblemente espectaculares, llamen la atención, y unos palurdos de la banda ETA se transforman en ingenieros de minas capaces de colocar explosivos bajo el pavimento de Claudio Coello, a pesar de ser gente de nula capacidad técnica, por mucho que escritores de café con leche les coloquen un aura romántica. Porque eso ocurre con cierta semblanza de Argala, al que se presenta como Patroclo en Troya, con la armadura de Aquiles, subido en la escalera de mano con los hilos del detonador a punto de ser unidos —cuando hoy se cuestiona incluso que fueran necesarios cables para detonar aquel explosivo posi-

blemente militar—, esperando que el Dodge Dart negro, blindado, llegue al Austin Martin que la banda había plantado en doble fila para obligar al chofer a pasar exactamente sobre el volcán.

Y sin inmutarse, accionó el disparador que presuntamente lanzó el vehículo oficial por los aires hasta el patio de los jesuitas, describiendo un arco mortal. De ahí la exaltación de la machada con los cachorros militantes coreando: «Carrero, Carrero, ¿qué haces ahí... en el alero?». El Dodge quedó sobre una terracita interior, efectivamente con todos sus ocupantes muertos: el chófer, el escolta y el almirante.

Recuerdo como si fuera ahora mismo mi desplazamiento hasta el lugar del atentado, en mi vehículo, escuchando, admirado, la radio en la que decían que hubo una explosión de gas, una explosión que había afectado al coche del presidente. ¡Qué casualidad! Ya en ese momento estaban mintiendo. Era algo que impresionaba mucho porque lo decía la radio oficial y sin embargo sonaba absurdo. ¿Cómo es posible que hubiera una fuga de gas con explosión y en ese momento pasara justo por encima el guardián de las esencias del franquismo? Era un argumento increíble. Todavía faltaba lo peor: el gran cráter de la bomba, la desaparición del coche del presidente, la angustia de los vecinos y los transeúntes, la confusión de la policía y los periodistas calibrando cuánto de todo esto era simple representación. La tragedia estaba allí: habían muerto tres hombres. Aseginados. Tenía toda la pinta de un magnicidio, pero el miedo no dejaba decir la verdad. Enseguida empezaron a correr los chistes y las maldades por los corrillos. Entonces se hacían muchos chistes de Franco y la verdad es que sus intervenciones daban mucho juego. En el acto fúnebre, su excelencia llegó a decir, refiriéndose a la muerte del presidente del Gobierno, que «no hay mal que por bien no venga», lo que no fue óbice para que se le saltaran las lágrimas. Y todo el mundo se puso a hacer conjeturas.

Como las investigaciones de todos y cada uno de los hechos no llegaron hasta el final, se dieron por válidas las conjeturas y las apariencias, pese a tener muy en cuenta que engañan. Transcurrido el tiempo, va la verdad asomando su pata de lobo por aquí y por allá. El jefe de los asesinos de Dato respondió nervioso y exaltado a la

pregunta de si sabía que habían sido acusados de mercenarios. En varios de los crímenes suena la sospecha de una conspiración masonónica, aclaro que no sobre los masones de la supuesta escuela de filosofía, sino sobre los que presumen de forjar conspiraciones en las alcantarillas. La insistente y virulenta negativa cuando aparecen datos inequívocos de que los hermanos del triángulo estuvieran implicados redobla las suspicacias y las preguntas sobre el verdadero papel de los políticos masones o las verdaderas relaciones de los políticos con la masonería, en lo que fue a veces una auténtica orgía de poder. La desconfianza se justifica por las acciones públicas, los nombramientos, la frecuente falta de firmeza y la casi continua dejadez en la persecución de delitos de tan gran tamaño.

Solo las ambiciones desatadas, la falta de escrúpulos y la traición continua explican cómo fue posible que los hombres que tenían el poder no pudieran defenderse de acciones mortales en su contra, cuando estaban todos avisados, habían recibido ataques con anterioridad y conocían los salvajes asesinatos de sus predecesores en el cargo, como conocían la falta de entusiasmo por aclarar los extremos de aquellos hechos, atrapar a los autores materiales y descubrir a los instigadores y principales beneficiarios. Era una empresa en la que se jugaban la cabeza y la perdieron.

Una vez que se estudian las figuras de los asesinados, se hace imposible pensar que estuvieran tan ciegos como se ha publicado y repetido hasta la saciedad. ¿Su dejadez llegaba al extremo de abandonarse en manos de los criminales? Juan Prim era un estratega de primer orden, valiente y astuto, que nunca se habría dejado llevar por la loca confianza en su buena estrella, como toda una cohorte de hagiógrafos ha dejado ver. Canalejas, que se pasó la noche previa a su asesinato en duermevela, dando vueltas en la cama y suspirando «¡Ay, Dios mío!», no habría descuidado su protección. Simplemente confiaba en quienes le fallaron. Ni estos dos presidentes, a pesar de haber sido presentados como figuras temerarias, pagados de sí mismos, para echar tierra al asunto, ni Cánovas, atrincherado en el balneario de Santa Águeda con una fuerte escolta, ni Dato, fiado de la vigilancia que creyó que reinaba en la ciudad en la que había sido alcalde, ni Carrero Blanco, que usaba

un vehículo blindado y guardaespaldas, se enfrentaron con irresponsabilidad temeraria al peligro, sino que fueron abandonados.

Los asesinos, nunca suficientemente investigados, o escaparon para siempre o recibieron garrote a la carrera, con lo que se enterró el misterio, o «les suicidaron», como les ocurrió a Morral y Pardina, como ha quedado demostrado, o se escaparon como agua entre los dedos, o quedaron enmascarados en una acción de tal tamaño que nunca antes o después la organización terrorista fue capaz de igualarla. Es decir, que habrían sido incapaces de haberla llevado a cabo si los mecanismos de prevención hubieran funcionado.

Todo comenzó en una sociedad con un tipo de violencia más personal y cercana, donde los atentados, con «cabezas de turco» o sin ellos, casi se hacían cuerpo a cuerpo. En ese tiempo eran frecuentes los duelos a primera sangre o a muerte. Uno de los más significativos fue el librado entre José Paúl y Angulo, uno de los asesinos de Prim, y el jefe de la «Partida de la Porra», Felipe Ducazcal. Paúl y Angulo le metió una bala en la cabeza a Ducazcal, herida de la que acabaría muriendo más tarde. El enfrentamiento tuvo lugar el 10 de diciembre de 1870, días antes de que Prim fuera asesinado, a las once de la mañana, en presencia de gran cantidad de público en las campos del arroyo Abroñigal.

Canalejas se sometió igualmente a los peligros del duelo a primera sangre. Era un hombre valiente, como Prim, como lo demostró incluso en el campo de batalla, aunque no con las armas en la mano. No era hombre que huyese del cuerpo a cuerpo. Canalejas, como Prim, hacía un trayecto doméstico, habitual, cuando fue asesinado. Lo mataron en el mismo centro de Madrid, igual que al general catalán. Los dos, el marqués de los Castillejos y el duque de Canalejas, preferían los éxitos de la inteligencia a los de armas, aunque el general había tenido abundancia de los dos en su trayectoria militar. Eran buenos oradores, si bien Canalejas destacaba en el lenguaje rico y florido, mientras Prim era práctico y eficaz. El Congreso fue testigo de sus rifirrafes y sus éxitos en los debates. Canalejas era respetuoso, delicado en el decir, aunque contundente en los juicios y preciso en las definiciones. Prim era de lenguaje corto y duro, con verdades como puños. Había pocos que se fue-

ran sin una réplica adecuada después de haberle provocado. Muchos años después, el contenido incendiario de algunos de sus discursos fue censurado por una publicación que presuntamente reunía el conjunto de sus intervenciones, inexplicablemente editada por el propio Congreso de los Diputados, encomendada a un supuesto historiador que se hacía pasar por catedrático de la Complutense sin serlo y que ofrece la oratoria de Prim fuera de contexto, sin que se sepa cuál fue su aportación.

Al conde de Romanones, apasionado de la caza de la codorniz en Sigüenza, algunas noticias de gran calado le sorprendieron pegando tiros con sus perros. Cuando el asesinato de Cánovas del Castillo (1987), tenía treinta y cuatro años, ya había sido alcalde de Madrid y se preparaba para un segundo mandato. Al enterarse dijo que se había ido un hombre excepcional, y exaltó su forma de abandonar este mundo, puesto que para un político «la muerte violenta es el mejor Jordán para lavar todos los yerros y pecados». Contemplado desde la altura de los cinco magnicidios y el regicidio frustrado, parece un comentario socarrón, con retranca, sobre todo ante la evidencia de que él, por su parte, murió en la cama. Como él diría: «Los amigos suelen abandonarnos a la hora de la desgracia; los enemigos nos siguen hasta la muerte». Resulta curioso que Eduardo Dato Iradier, el cuarto presidente asesinado, dijera cuando mataron a Cánovas: «Para un gobernante, es lo más envidiable morir así por la patria». Él tuvo ese mismo privilegio.

En el caso de Prim, la justicia recogió en el sumario gran parte de la verdad, aunque las fuerzas políticas consiguieran retrasarlo, orillararlo, y al final, derivarlo al archivo. Existe una relación intensa entre aquellas actuaciones del pasado y lo ocurrido cuando la muerte de Carrero Blanco. Los papeles fueron saqueados, deteriorados, olvidados, borrados y destruidos. Gran parte del sumario sería inutilizado y el resto expuesto a la humedad, como si las páginas de la historia no valieran nada o su contenido molestará. El jefe operativo de los asesinos de Prim, Paúl y Angulo, no era anarquista y pasaba su tiempo en las tabernas. Era excesivo en todo y buscaba el medro personal, siendo este su principal objetivo.